



Los gauchos

El arte de Argentina

Rebecca Hinson

Los gauchos

El arte de Argentina

Rebecca Hinson

Traducido por Claudia Battistel Tomada y Gabriela Escobar Rodríguez



Dedicado a Antonio Enrique Artero

© Rebecca Ann Hinson, 2022

Todos los derechos reservados.

Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2022942710

Editado por Richard Lederer y John Robuck

Consultores sociocultural: Guillermo Duberti y Laura Duberti

Rebecca Hinson Publishing

Lake Worth Beach, Florida

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN 978-1-947623-47-7

ARTISTAS: 2, 4, 5, 6, 13, 23, 24, Aldo Chiappe; 3, 15, 16, 18, Francisco Madero Marengo; 7, 12, 14, Javier Francisco Mosquero; 8, 9, Museo Las Lilas; 17, Carlos María Herrera; 19, Enrique Breccia; 21, Enrique McGrech; 22, Vasco Machado.

FUENTES: Jorge Luis Borges, *A Personal Anthology*; Paul Groussac, *Popular Customs and Beliefs of the Argentine Provinces*; Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*; Eduardo Gutiérrez, *The Gaucho Juan Moreira*; Huw Hennessy, *Insight Guide Argentina*; José Hernández, *The Gaucho Martín Fierro*; Henry A. Holmes, *Martín Fierro: An Epic of the Argentine*; Ventura Lynch, *Folklore Bonaerense*; Carlos Páez de la Torre, *The Gaucho, Yesterday and Always*; Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*; Aldo Sessa, *Gauchos, Icons of Argentina*.



Durante siglos, el ganado que había en los asentamientos españoles del siglo XVI en el Cono Sur de Sudamérica, poco a poco, se fue escapando. En libertad, los animales se multiplicaron hasta convertirse en millones de bovinos y caballos criollos que vagaban libremente por la pampa argentina, esa vasta región con praderas inmensas que desciende desde los Andes hasta el desierto de la Patagonia.

En el siglo XVIII, criollos de origen español, indígenas y africanos vagaban por esa región, capturaban el ganado, atrapaban y domaban a los caballos. A estos nómadas de la pampa se les llamaba gauchos, un vocablo derivado de las lenguas quechua y araucano que significa figura huérfana y solitaria.

Con tan solo un lazo y unas boleadoras, un gaucho a pie podía capturar a un caballo y derribar a un toro embravecido. El gaucho asistía en primera fila al maravilloso espectáculo de la naturaleza: presenciaba las acometidas de los corceles salvajes, la fuerza de las tormentas y el estruendo del ganado en estampida. Cada noche, bajo el cielo estrellado, vivía tan libre como un pájaro en el cielo.



Montado a caballo, un gaucho hace girar un lazo hecho de cuero crudo trenzado para sujetar a un ternero alrededor del cuello (arriba). Los argentinos escribieron muchas canciones, poemas y libros que rinden homenaje al gaucho. El poeta Jorge Luis Borges los describió como “pastores de la hacienda brava, firmes en el caballo del desierto que habían domado esa mañana”. El caballo es esencial para el gaucho, quien aprende a cabalgar desde temprana edad.

Don Ezequiel Ramos Mejía dijo: “El gaucho y su caballo son gemelos legendarios. A pie, es un ser inconcebible”. En las tareas peligrosas y rutinarias, el gaucho confía en su caballo, su mejor amigo, ese aliado infalible que lo saca de apuros.



Los gauchos, autosuficientes y conocedores del entorno, se establecieron en el campo abierto. Algunos gauchos legendarios como Don Segundo Sombra, el personaje principal en la novela del mismo nombre del autor Ricardo Güiraldes, valoraban por encima de todo su libertad. El historiador Paul Groussac dijo que este tipo de gaucho “prefiere vagar aquí y allá, impelido por el deseo incurable de la aventura y la nostalgia del desierto”.

A veces, el gaucho se ofrecía para trabajar por temporadas en alguna estancia, donde domaba caballos, arriaba, marcaba y sacrificaba ganado o acorralaba y esquilaba ovejas. Allí también soportaba las lluvias torrenciales, el sol brutal y el frío cortante. Aceptaba todo lo que se le presentaba sin quejarse.



Algunos de estos gauchos abandonaron la vida errante de la pampa por una parcela de tierra en la que pudieran formar una familia, criar un rebaño de vacas u ovejas y cosechar algunos cultivos. Al igual que los gauchos nómadas, estos también eran excelentes jinetes, expertos en el uso del lazo y las boleadoras, así como en las faenas propias de la ganadería.



El gaucho nómada era pobre pero independiente, no necesitaba más que su caballo criollo, la silla de montar, el poncho y un facón, una suerte de cuchillo grande, recto y puntiagudo.

El atuendo típico del gaucho consistía en una camisa, un chaleco o chaqueta corta, unos pantalones de algodón y un chiripá, una pieza rectangular de tela, de origen indígena, que envolvía la cintura y la entrepierna. El chiripá se sujetaba con una faja de lana y un cinturón de cuero, ancho y rígido, llamado tirador, el cual estaba provisto de dos o tres bolsillos. Con el tiempo, el chiripá fue sustituido por las bombachas, un tipo de pantalón plisado con los tobillos abotonados que se meten dentro de las botas. La mayoría llevaba un sombrero de ala ancha llamado chambergo o una boina de lana, herencia de antepasados franceses y españoles.



Otra pieza característica del atuendo eran las botas de potro. Este calzado se elaboraba con una pieza enteriza de cuero que despegaban de las patas de un potro. Luego la volteaban, con la parte del pelo hacia adentro, y la subían por la pierna hasta la rodilla para darle forma, tras lo cual la dejaban secar. A veces cortaban la punta del extremo del pie para que los dedos quedaran al descubierto.

A cada lado de la silla de montar, el gaucho colgaba correas de cuero crudo. Cerca de la parte inferior hacía un nudo, creando un lazo que agarraba con el dedo gordo. Más adelante, un estribo metálico con una base plana para apoyar el pie del jinete sustituyó al lazo de cuero crudo. En los tobillos, el gaucho se ataba las espuelas.

Al igual que Don Segundo Sombra, los gauchos con menos recursos usaban alpargatas, unos zapatos de tela con una suela de fibra trenzada.



El tirador se abrocha al cuerpo con una hebilla hecha de oro o plata llamada rastra, que también puede llevar botones y cadenas de adorno. Los gauchos que tenían algún empleo solían llevar las monedas de plata, que recibían como paga, a un orfebre que las fundía y convertía en estribos, espuelas, empuñaduras o fundas de cuchillos, mangos de látigos, bridas, arneses de caballo o adornos para el tirador.

En lugar de un tirador, Don Segundo Sombra llevaba un grueso cinturón de piel de cerdo con un trozo de hueso del que colgaba un látigo de cuero llamado rebenque.



En la espalda, entre la faja de lana y el tirador, el gaucho lleva el facón enfundado. Después de su caballo, esta es su posesión más preciada. Lo utiliza todos los días para castrar ganado, desollar y cortar carne, comer y defenderse.

En la novela titulada *Juan Moreira*, Eduardo Gutiérrez escribió sobre un gaucho forajido, llamado Juan Moreira, quien se enfrentaba a sus rivales en duelos mortales con un facón. Gutiérrez escribe que, en una pelea, los combatientes “se acometieron frenéticos, confundiendo el ardiente relámpago de la pupila, con el pálido y frío relámpago del acero”. Moreira se dio a conocer como el mejor luchador en duelos mortales a cuchillo para vengar agravios, lo que lo llevó a una vida al margen de la ley.

En el poema narrativo *El gaucho Martín Fierro*, José Hernández describe al gaucho de la siguiente manera: “Su esperanza es el coraje, /su guardia es la precaución, /su pingó es la salvación, /y pasa uno en su desvelo, /sin más amparo que el cielo/ ni otro amigo que el facón”.



El poncho del gaucho es una prenda de origen indígena que consiste en una manta que llega hasta las rodillas con una abertura central para la cabeza. Generalmente se confecciona a partir de lana de vicuña. Cuando no lleva el poncho puesto, el gaucho lo dobla y lo ata a la montura de su caballo. Se puede utilizar como manta por la noche y como escudo en un duelo de cuchillos. La prenda se envuelve alrededor del brazo que no empuña el arma para protegerlo.



Mientras cabalgan, y para protegerse las piernas de los espinosos cardos que abundan en el norte de Argentina, los gauchos atan unos protectores acampanados o guardamontes, hechos de cuero crudo, a las monturas de sus caballos.

Durante la Guerra de Independencia de Argentina, en la batalla de Tucumán en 1812, las milicias gauchas golpeaban los guardamontes con los mangos de los rebenques, lo que provocaba un ruido ensordecedor al atacar.



Los indígenas no querían domar a los caballos como hacían los españoles, que utilizaban la fuerza bruta para mantenerse encima del caballo al galope. Por el contrario, desarrollaban una conexión con el animal y se ganaban su confianza antes de montarlo. La técnica utilizada por los gauchos es una mezcla de ese método intuitivo de los nativos y de la fuerza utilizada por los españoles. El domador enseña al caballo a responder a las indicaciones del jinete, a separar al ganado (apartando o redirigiendo a las vacas con el pecho) y a otras tareas a las que se tendrá que enfrentar.